



Blanco

neutralizado



Investigación dirigida por Jineth Bedoya
Prólogo de Oscar Naranjo

El 2 de diciembre de 2013 se cumplen veinte años de la caída de Pablo Escobar, uno de los más importantes y sin duda el más representativo de todos los "capos" del tráfico de estupefacientes. Esa fecha marcó un punto de quiebre en la lucha contra ese flagelo que, aún tanto tiempo después, sigue vivo y ha sufrido múltiples transformaciones. Más de 46 millones de personas hoy siguen marcadas directa o indirectamente por este fenómeno criminal que, como un cáncer, hizo metástasis en cada rincón del país con unos costos, entre otros, de cerca de 10 mil víctimas, más de 10.000 millones de dólares empleados en su erradicación y una estigmatización para el país a nivel mundial que ha sido difícil de anular.

El narcotráfico creó prototipos de vida, permeó a las guerrillas, alimentó a los paramilitares, engendró un modelo sicarial de "exportación", implantó en la mente de las nuevas generaciones la consigna del "dinero fácil", cambió los cuerpos de las mujeres, corrompió a la política, alienó a los más dignos integrantes de la Fuerza Pública y se convirtió en el vital combustible del conflicto armado colombiano. Sin embargo, gran parte de la pesadilla se ha superado y hoy existen nuevos desafíos. El delito se transformó y el micro-tráfico y el consumo interno son los retos en los que está concentrada la Inteligencia de la Policía, que en la última década gestó los grandes golpes contra las redes mafiosas, logró centenares de "blancos neutralizados", los más importantes narrados en estas páginas.

Esta completa investigación, que analiza en profundidad este fenómeno, recorrió todo el país y el área del Caribe rastreando las historias, las gestas y los grandes logros de las fuerzas del orden y de la sociedad civil contra este azote, fue hecha por un grupo de periodistas y reporteros gráficos de EL TIEMPO Casa Editorial, bajo la dirección de Jineth Bedoya Lima.


intermedio

ISBN 978-958-757-266-7



9 789587 572667 >

CONTENIDO

MUCHO MÁS QUE UNA ANTOLOGÍA

Roberto Pombo 13

PRÓLOGO

Óscar Naranjo Trujillo 15

LA HORRIBLE NOCHE

Jineth Bedoya Lima..... 21

Primera parte

HISTORIAS DETRÁS DE LA DEVASTACIÓN DEL NARCOTRÁFICO 41

ESTA MATA FUE TESTIGO

Wilson Vega 43

 Los récords del Putumayo 46

 Campesino mentiroso..... 50

EN LA TIERRA DE LA CAÑA

Sally Palomino 53

EL TRIÁNGULO NEGRO

Álvaro Lesmes 67

 El remordimiento del intendente Rodríguez 69

 La eterna búsqueda de Henry Moreno Rojas..... 72

| | |
|------------------------------------------------------------------------------|-----|
| «Los paracos la cuidan en Colombia y los guerrilleros en Venezuela» | 76 |
| Lleguen con lo que sea, pero lleguen..... | 79 |
| URABÁ, DROGA EN ALTA MAR | |
| Paulina Angarita | 83 |
| Las víctimas..... | 85 |
| Callar, estrategia de supervivencia..... | 88 |
| Por las aguas del Golfo | 91 |
| Turismo y trabajo: la apuesta..... | 96 |
| LA BATALLA CONTRA EL OLVIDO EN EL PACÍFICO | |
| Yesid Lancheros | 99 |
| 'Prefiero la tranquilidad que el terror' | 105 |
| Los jóvenes, en una encrucijada..... | 111 |
| LA CAPITAL MUNDIAL DE LA COCA | |
| Jineth Bedoya Lima..... | 115 |
| Segunda parte | |
| LA INFILTRACIÓN | 123 |
| LOS INFILTRADOS | |
| Martha Soto | 125 |
| Tercera parte | |
| LA EVOLUCIÓN DEL SICARIATO | 135 |
| SICARIOS, MARCA REGISTRADA | |
| Martha Soto | 137 |
| Cuarta parte | |
| LOS HÉROES | 151 |
| DURMIENDO CON EL ENEMIGO | |
| Jineth Bedoya Lima..... | 153 |
| El pez cae en Venezuela..... | 158 |
| El último jefe de la Oficina | 163 |

| | |
|-----------------------------------------------------------|-----|
| DOS AÑOS PERSIGUIENDO AL «ASESINO DE ASESINOS» | |
| Paulina Angarita | 169 |
| CAZANDO AL HOMBRE QUE HIZO LLOVER FUSILES | |
| Jineth Bedoya Lima..... | 183 |
| Sigue la cacería..... | 188 |
| LA EXTENUANTE PERSECUCIÓN AL CARTEL DE CALI | |
| Paulina Angarita | 193 |
| Quinta parte | |
| HISTORIAS DE MUJERES TOCADAS POR LA MAFIA..... | 203 |
| MARÍA Y EL APÓSTOL | |
| Renata Cabrales | 205 |
| EL APELLIDO QUE PESA: LAMENTO POR UN CÉLEBRE NARCO | |
| Sally Palomino | 227 |
| LA MAMÁ DE JORGITO | |
| Renata Cabrales | 233 |
| Sexta parte | |
| LA TRANSFORMACIÓN DEL CRIMEN | 241 |
| NUEVOS RETOS, NUEVAS BATALLAS | |
| Yesid Lancheros y Jineth Bedoya Lima..... | 243 |
| Séptima parte | |
| GUERRA EN CIFRAS | 251 |
| EL COSTO DE LA LUCHA CONTRA EL NARCOTRÁFICO..... | 253 |
| La droga de los ricos la producen los más pobres | 254 |
| Colombia ya no es el primer productor de coca..... | 256 |
| El costo de la Justicia..... | 257 |
| Octava parte | |
| ENTREVISTAS | |
| Jineth Bedoya Lima..... | 259 |
| «SOLO NECESITAMOS UN DÍA DE SUERTE» | 261 |

| | |
|------------------------------------------------------|-----|
| «LOS LOGROS HAN SIDO CONTUNDENTES»..... | 269 |
| «EL QUE ENCUENTRE UN PURO, QUE SE LO FUME»..... | 279 |
| «EL MIEDO ES PARA QUIEN NO LO SABE CONTROLAR»..... | 289 |
| «LAS SOLUCIONES DEBEN REFLEJAR LAS REALIDADES» | 301 |
| «EL ÚNICO BLINDAJE QUE TENEMOS ES LA CERTEZA»..... | 307 |

Novena parte

EL RECORRIDO DE LA POLICÍA EN LA LUCHA ANTIDROGAS

| | |
|-------------------------------------|-----|
| Jineth Bedoya Lima | 315 |
| CRONOLOGÍA DE LA LUCHA | 317 |
| PERFILES | 321 |
| AGRADECIMIENTOS | 327 |

ESTA MATA FUE TESTIGO

Wilson Vega



En una finca sin nombre, en el sur de Colombia, hay una mata de coca. Este discreto arbusto, que las culturas amerindias consideran una planta sagrada, ha sido el centro de una sangrienta guerra que se ha extendido por décadas y que ha recibido en las esferas políticas y policiales de Washington toda clase de epítetos: desde «plaga» y «veneno» hasta el publicitario calificativo de «la mata que mata».

Pero aquí, en el silencio de una mañana en una zona rural de Puerto Asís, Putumayo, la verdad es que la planta no luce tan mala. Mide poco más de un metro de altura, no tiene un olor particularmente fuerte, y nada da pista alguna sobre la tenebrosa reputación que rodea su cultivo. A diferencia de la marihuana –cuya silueta estrellada es identificable de inmediato–, o de la amapola –inconfundible por la colorida belleza de su flor– las hojas de coca, hay que decirlo, lucen simplemente como eso: como hojas; ni siquiera hojas bonitas.

El popular eslogan puede decir lo que quiera, pero la verdad es que esta mata, esta mata solitaria en la vereda Nariño de Puerto Asís, casi con seguridad no ha matado a nadie. Muy al contrario, ha sobrevivido a numerosos intentos por matarla: sucesivos Gobiernos en Washington y en Bogotá le han declarado la guerra y han movilizad o a sus formidables aparatos militares para acabarla. Aún así, la coca, que los indios peruanos llamaban «kuka» y que en el siglo XIX recibió elogios de renombrados naturalistas europeos como Markham y Von Humboldt, sigue ahí.

O por lo menos esta mata, con sus hojas ovaladas y quebradizas.

Está, eso queda claro, mucho más sola que antes, cuando miles y miles de sus pares cubrían hectárea tras hectárea de campo y bosque deforestado. En esa época, docenas de campesinos, desde niños hasta ancianos, derivaban de su cultivo un sustento mucho más holgado que el que ofrecían cultivos tradicionales como la yuca o el maíz.

Eran los alucinados años ochenta, cuando Colombia dominaba el mercado mundial de la cocaína y ganaba terreno en el de la heroína. Era la época de los capos y los carteles, de los «chamberos» y los «raspachines», los años del Palacio de Justicia y el edificio del DAS. Eran los días en que Colombia se volvió para Estados Unidos una prioridad en materia de seguridad, porque la coca constituía un «peligro inminente» para la vida en esa nación. La palabra «Colombia» se convirtió en un sinónimo de «coca», y el país aprendió a vivir con la merecida fama de ser uno de los más peligrosos del mundo.

Las cifras no hacían sino confirmarlo: la tasa de homicidios, que era de menos de treinta por cada 100 mil habitantes a fines de los setenta, se había más que duplicado en tan solo quince años. Con más de 150 mil hectáreas sembradas con coca, Colombia producía el noventa por ciento de la cocaína que entraba a los Estados Unidos. Las ganancias del negocio eran del orden de entre el cuatrocientos y el ochocientos por ciento por viaje «coronado».

En ese contexto, una serie de contactos entre los Gobiernos del recién elegido Andrés Pastrana y el estadounidense Bill Clinton dio forma a una iniciativa para reducir el número de hectáreas cultivadas mediante la combinación de aspersión aérea y erradicación manual, con una «ofensiva social» dirigida a transformar las zonas de siembra de coca en áreas de cultivos legales y rentables.

Sin abandonarlo, era una idea diferente al tradicional enfoque punitivo de sucesivas administraciones, tanto en Bogotá como en Washington, que invirtieron sus recursos y esfuerzos en una «Guerra contra las drogas», un enfoque que había cambiado poco desde que el término fuera acuñado por Richard Nixon.

No bien posesionado, Pastrana anunció la creación de «un nuevo plan Marshall». El zar antidrogas de EE.UU., Barry McCaffrey, dijo haber recibido una copia de la «nueva estrategia» colombiana contra el narcotráfico. El propio Clinton expresó su apoyo a un plan para «el fortalecimiento del Estado colombiano». Preso del convulsionado proceso político que removió a los demócratas del poder y dio inicio a la era Bush, el enfoque original fue considerablemente influenciado por Washington, que comprometió miles de millones de dólares para su ejecución. También se incluyó una provisión para que el presidente de EE.UU. pudiera certificar el desempeño y compromiso de Colombia en materia de lucha contra las drogas y la protección de los derechos humanos. El resultado final fue un borrador en inglés que solo se tradujo al español una vez avalado por la Casa Blanca.

En palabras del columnista Hernando Gómez Buendía, «Pastrana le pidió a Clinton la plata para el Plan y Clinton le dio la plata para un plan distinto. En la versión que ayudó a redactar el subsecretario de Estado Norteamericano para Asuntos Políticos, Thomas Pickering, pasó a ser “Our Plan in Colombia”, un programa de gasto militar masivo para acabar con la droga».

Poco después de su elaboración, dos cosas se aclararon: la alusión al Plan Marshall no iba a funcionar, por lo que se requería un nuevo nombre, y fuera cual fuera su nombre, la iniciativa iba a definir la historia de nuestro país en el naciente nuevo siglo.

El 19 de diciembre de 2000 entró en operación el Plan Colombia. Esta mata estaba ahí.

Los récords del Putumayo

El Putumayo es un territorio en forma de pierna, con una silueta alargada muy semejante al mapa de Italia. Pero mientras el mapa italiano termina en la reconocida forma de una bota con tacón, el de Putumayo se corta de manera abrupta en una línea recta que marca el límite con el departamento del Amazonas. Si el mapa de Italia es una bota, el de Putumayo es una pierna amputada.

Allí se concentró el músculo militar y económico del Plan Colombia con una mezcla de fumigaciones y erradicación manual. A esa estrategia, en la que se invirtieron fondos nunca antes destinados a esa región, se sumó el denominado Plan Patriota (2003), una estrategia de corte militar que comenzó con la inyección de recursos a la Brigada Veintisiete de Selva en Mocoa y la Base Naval del Sur, desde donde se monitoreaba la actividad en los ríos Caquetá y Putumayo. La Policía creó la Base Antinarcóticos en Villagarzón, y el Ejército puso a punto un aeropuerto militar que demostraría ser clave para las tareas de interdicción aérea.

Sin embargo, si en alguna parte Colombia estuvo a punto de perder la guerra contra el narcotráfico, fue en Putumayo. Más de la mitad de la coca producida en el país en los noventa se sembró allí. En menos de diez años de haber ascendido de intendencia a departamento, esa zona de marcada presencia guerrillera (allí opera el Bloque Sur de las FARC, la segunda estructura más grande de la organización subversiva) vio surgir una febril actividad productiva en que la coca movía desde los mercados de carros y electrodomésticos hasta la construcción y, en ocasiones, la salud o la educación. No en vano, según reportaban las propias autoridades, las 40 mil hectáreas sembradas dentro de sus límites podían producir, en un mes, y tan solo en ganancias, más plata que todo el presupuesto departamental para un año.

Fue un cambio notable, en especial para los campesinos, que por años pasaron penurias en una economía fuertemente dependiente de las actividades agropecuarias y de la explotación de petróleo, y que a menudo se quedaban sin poder sacar sus productos hacia los mercados debido a la inseguridad y al pésimo estado de las vías. Ahora, además de los descomunales márgenes de ganancia, los compradores iban hasta sus cultivos para comprar la cosecha. La región vivió una abundancia que nunca antes había conocido: un cultivador se ganaba 4 millones por hectárea (2 mil dólares); un recolector, 75 mil pesos al día.

Eran días de excesos y de derroche. Nelson Salud, un antioqueño que llegó a Puerto Asís en los albores del Plan Colombia, lo recuerda claramente: «Cuando esto estuvo bien acá había hogares con dos, tres o cuatro motos. Hoy ve uno hogares que no tienen ni una. Uno veía gente jugando billar: 1 millón, 2 millones por mesa. Hoy no apuestan ni quinientos pesos».

Eso mismo cuenta Yolanda Penagos, que se ha dedicado a las causas sociales tras el asesinato de su esposo, un líder político local:

Yo era administradora de una empresa «camuflada» del Brasil. Se vendían artículos brasileros pero, mentira, cada semana llegaban de Medellín treinta o cincuenta bultos de plata. A mí me enseñaron a probar la buena y la mala. Yo tenía la plata y la pesa. Y se cuadraba con el coronel de Ejército o de la Policía lo que tocaba darle a cada uno para que no arrestaran a toda la asociación. Entonces toda la gente campesina, lo que era sábado y domingo, hacía una cola de cuadra y media. Y eso era pese y pese y pese y pague y pague y pague. Encima del pago yo me sacaba tres o cuatro kilos a la semana, no porque me robara nada, sino raspando las bolsas de lo que se quedaba pegado. La plata se movía en bultos y la gente salía con su platica y al hijo, a la hija, todo eran motos. Nadie pensaba en una casa o en organizarse, sino que pensaban en cadenas de oro, en lujos y en trago.

La «buena vida» de los que estaban en el negocio fue motivando a otros a meterse. Luis Eduardo Montenegro, un cultivador de la vereda El Paraíso, a casi una hora de Puerto Asís, vivió la génesis, la bonanza y el declive del fenómeno cocalero:

Las semillas de coca llegaron por el Perú, por la frontera, porque los peruanos eran cultivadores antes y sembraban más. Los primeros cultivos ilícitos estaban en la orilla de los ríos, en el río Putumayo, y comenzaron a vender la pasta de coca en Puerto Asís. Cuando los narcotraficantes llegaron a Puerto Asís, comenzaron a ofrecer lo que compraban. Entonces todo el mundo comenzó a ver ese mercado: los campesinos sacaban el arroz, o el maíz, y los productos se quedaban en las calles de Puerto Asís, se perdían. En cambio los que ya tenían coca en la orilla del río sí venían y cobraban de contado. La gente comenzó a decir: «¿Cómo es que usted hace?» y luego: «Es mejor sembrar coca».

Desde su mecedora, así también lo atestigua Manuel Burbano, un agricultor de la vereda Nariño:

A mí no me gustaba la coca, pero al ver que los demás tenían, que los demás conseguían, que los demás tenían plata... Al ver pasar la plata uno dice: yo voy a sembrar. Nosotros teníamos el cultivo de plátano, de yuca, hasta fríjol y maíz. Yo llegué a sembrar diez, doce hectáreas de arroz. Y la verdad es que lo que daba el Idema (Instituto de Mercadeo Agropecuario) no nos alcanzaba ni para los costales. Se demoraban cuatro y seis meses para pagar. Nosotros con los brazos cruzados, esperando a ver cuándo. El plátano lo sacábamos y se nos podría en las calles de Puerto Asís. Sacábamos la cabecita de ganado y la colgábamos en el matadero y tocaba darla al precio que quisieran pagarla. Cómasela. Nosotros los campesinos éramos abandonados por todo lado. Vivíamos a oscuras. El cultivo ilícito nace por el abandono del Estado. Y nos está apercollando otra vez.

Otro campesino explica que las personas no se preocupaban mucho por trabajar. Era más fácil sacar una libra de coca, que sacar un bulto de plátano. Y era más rentable. «Mucho más».

Cultivar coca implica desyerbar un campo o deforestar un área suficientemente plana. Esta última opción, si bien más dañina para el ambiente, tiene la ventaja de proveer madera para cercas, cambuches o estructuras aledañas. Toma más de un año para que los arbustos maduren y, a pesar de que la coca tiene fama de ser un cultivo resistente, es necesario acompañar su crecimiento con fertilizantes e insecticidas. Las hojas que pueblan las ramas de los arbustos madurados se arrancan con movimientos rápidos de la base y hacia la punta. Este oficio, a menudo a costa de callos y cortadas, dio origen a una nueva profesión: «raspachín» de coca.

Los que vivieron el auge de la coca no dudan en señalar como responsable el abandono estatal de una región que, para muchos, hacía parte de un país tan lejano como ignorado. Montenegro dice que el Estado tenía abandonada a la región: «No había carreteras, no había electrificación, no había acueducto. Ni salud teníamos en la región. Y en cambio los narcotraficantes sí venían con el billete en la mano a decir: "Señores, este sí es el negocio que sirve acá"».

El «negocio que sirve» atrajo a pobladores de otros lugares del Putumayo y, pronto, de otros departamentos como Valle, Huila, Antioquia y hasta Chocó. La idea de una «bonanza» atrajo incluso a ecuatorianos, peruanos y brasileños, todos convencidos de poder lograr fortuna con rapidez en una frontera sin dios ni ley. El mercado floreció, y prácticamente en cada vereda se encontraban cultivos. Al caminar hoy

por Nariño no se necesita mucho para imaginar lo que era el paisaje hace diez años, cuando, según una campesina del lugar, «todo esto era coca».

Pero los cultivadores de coca pronto descubrieron que la hoja sin procesar no era –de lejos– tan rentable como la base de coca (alrededor de ochocientos dólares por kilo) por lo que muchos optaron por vender esta última. En partes de la geografía del Putumayo, la base de coca llegó a remplazar el peso como la moneda habitual.

Así fue en Puerto Vega, un caserío ubicado frente a Puerto Asís, en la punta de un corredor fronterizo que va a dar al sitio conocido como Teteyé, escenario de frecuentes episodios de violencia guerrillera y alguna vez una de las carreteras más peligrosas de Colombia. Para llegar a esta doble hilera de casas, regadas a ambos lados de una polvorienta carretera, hay que cruzar el río Putumayo, a veces caudaloso y turbulento y otras veces debilitado por el verano, pero siempre traicionero.

Dicen los chaluperos que por mil pesos llevan pasajeros al otro lado (y por 3 mil llevan motos), que el tiempo de espera se ha triplicado debido a la inconstancia del nivel de las aguas, lo cual obliga a menudo a reconsiderar y trazar de nuevo la ruta para un trayecto que, en condiciones normales, no debería pasar de cuatro minutos. Su odisea, sin embargo, palidece en comparación con la de los navegantes de los dos barcos que a diario transportan docenas de camiones, carrotanques y tractomulas que utilizan, sobre todo, las petroleras que operan en la zona.

En Puerto Vega, las gallinas corren con sus pollitos por debajo de motos, carros y camiones. El único billar queda a un tiro de piedra de la rampa de tierra que conecta con el muelle, y rostros curiosos y desconfiados reciben en silencio a los extraños. No hay estación de Policía ni Defensa Civil, ni tampoco Alcaldía ni hospital. La autoridad del Estado está representada en un inspector de Policía.

Allí tuvieron su apogeo los «chamberos», como se conocía a quienes le «pegaban» (hacían dinero rápido) en el negocio de la coca. Se hacían conocidos por derrochar en toda clase de gustos: fiestas, noches de juerga y de mujeres, motos, carros y lujos antes prohibidos por sus pobres ingresos. Gastaban sin problema varios cientos de miles de pesos por día y, cuando escaseaba el efectivo, el gramo de coca era aceptado como moneda.

Pero esa bonanza, dicen las autoridades, se dio a costillas de un enorme costo ambiental que, a la larga, terminó por perjudicar al campesino. Entre la tala de bosques para cultivar o para poner laboratorios y la contaminación de las quebradas y los ríos, la tierra aún hoy

sufre los estragos de los chamberos. Las fumigaciones elevaron ese impacto ambiental a niveles nunca antes imaginados.

Aun así, hay personas que todavía recuerdan con nostalgia esas épocas en que pudieron escapar, si bien temporalmente, de la escasez. De todas formas, por un tiempo hubo abundancia y vacas gordas como nunca antes en Putumayo. La coca impulsó una economía de consumos impulsivos y de amplios márgenes de ganancia. Subió el empleo y nacieron pequeños negocios, pero pronto llegaron las mafias, la violencia y los «impuestos» de la guerrilla, seguidos de la barbarie paramilitar. A pesar de ello, la plata alcanzaba para todos, y si un muerto aparecía de vez en cuando en la vía a Teteyé, relata un vecino, la gente lo olvidaba gustosa, con tal de no meterle palos a la rueda del progreso que por fin se había dignado a pasar por allí.

Campesino mentiroso

A diferencia de las estrategias de erradicación manual exclusiva usadas en Perú y en Bolivia, el principal recurso contra la explosión de cultivos de coca en Colombia fue la aspersión aérea de herbicidas sobre los cultivos ilegales. La primera «amenaza» del Gobierno, recuerda Montenegro, llegó en los noventa, cuando advirtió que había dispuesto un plan para «fumigar el departamento»:

Nosotros como campesinos no queríamos eso. En el 96 aparece el paro cocalero, diciéndole al Gobierno que los campesinos dejan de sembrar si ellos invierten en la región. Ahí tuvimos muertos, tuvimos desaparecidos, porque decían lo mismo que dicen hoy en día, que ese era un paro financiado por la guerrilla. Y lo que los campesinos decían era: «Queremos acabar la coca», pero los puntos son estos. En ese paro lo único que se ganó fue el compromiso de traer la luz y en diciembre del 97 llegó la luz. Pero de resto, puras promesas. Ahí hicieron el «Plante pa'delante», y todas esas cositas que no sirven.

En su finca de la vereda Nariño, Manuel Burbano recuerda:

Uno conocía toda la problemática que se nos venía encima; ya nos lo habían dicho: «A ustedes les vamos a arrancar, les vamos a fumigar, les vamos a acabar con toda esa coca. Les vamos a erradicar». Entonces

pensamos que podíamos cambiar la coca con el cultivo de palmito. Once familias se metieron en ese entonces, a sembrar palmito, pero en medio de la coca. Pero el fin era terminar con la coca.

Convencido de que era posible hacer una transición hacia la economía legal, don Manuel comenzó en 2000 a sembrar palmito entre las matas de coca. Empezó con seis hectáreas y hoy tiene veinte. «¿Que si es negocio? –exclama– Pues claro que sí. Así sea que nos lo comamos».

Pero no ha sido fácil, aclara. Para empezar, a muchos no les sonó en su momento la idea de bajarse del tren de la coca. Con el canto de sus gallos como banda sonora, don Manuel relata cómo sintió el futuro al alcance de la mano, en un proyecto de 377 millones de pesos que levantaría un sistema productivo alternativo para la vereda Nariño Nariño, solo para verlo irse a pique «por cinco sinvergüenzas que no quisieron erradicar su coca».

Los que eligieron ese camino tuvieron que moverse entre el recelo de sus vecinos y la desconfianza de las autoridades que, en ocasiones, se negaban de plano a creer sus intenciones de salirse del negocio. La única versión era que había que arrancarla. Yo les decía: «Arrancarla de una no se puede. Hay que irla convirtiendo en otra cosa. Pero la respuesta es que no, que tenía que ser cero coca y tenía que ser ya», dice don Manuel.

«Aquí vino la embajadora de Estados Unidos, Anne Patterson, la trajimos aquí a esta vereda para mostrarle, pero cuando vio los cultivos me dijo: “¿Cómo así que usted siembra palmito entre la coca? Campesino mentiroso, ustedes nos están haciendo conejo”. Le dije: “No señora, queremos es demostrarle lo que estamos haciendo”», rememora.

Las fumigaciones comenzaron en 1997, con apenas 574 hectáreas. Para 2002 habían alcanzado un máximo histórico de 71.900. Los campesinos de Putumayo recuerdan el miedo de escuchar aviones al otro lado del río, o la impotencia y la rabia de verlos pasar sobre sus cultivos y viviendas, incluso en aquellas partes donde no había coca sembrada. Don Manuel, que no niega haber sembrado coca, agrega: «No todo era coca. Yo sembré dos hectáreas de caña para hacer un trapiche, para hacer panela, pero la fumigación acabó con eso. El Gobierno no nos escuchó, sino que nos mandó a fumigar como a las ratas».

A una hora de allí, en una cafetería de Puerto Asís, Yolanda Penagos recuerda una historia similar: «Hace siete años, el Banco Agrario solicitó a la gente de las veredas 5 millones de pesos para un

proyecto de cachama, pero a los dos meses nos fumigaron y eso cayó en el agua. Todo se dañó».

A pesar del rechazo entre las comunidades afectadas, lo cierto es que las fumigaciones lograron lo que ninguna otra estrategia logró detener e incluso revertir: la tendencia expansiva de los cultivos de coca. Según cifras del Programa de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito, para 2008 el total nacional de hectáreas cultivadas había caído un 44 por ciento. Putumayo pasó de cultivar el 41 por ciento del total nacional en 2000 a apenas el cinco por ciento en 2004.

El efecto aún resulta visible. A unos veinte minutos a pie de la finca de los Burbano, las áreas cultivadas, de distintas tonalidades de un verde brillante, contrastan con un bosque muerto, ennegrecido y seco, donde se ven docenas de troncos desprovistos de vida que se elevan contra el cielo como fósforos cuya llama se ha extinguido. De hecho, es inevitable pensar que hubo un incendio. Sin embargo, explica una mujer de la vereda, la realidad es muy diferente: así se ve un bosque que ha sido fumigado. Al día de hoy, Colombia es el único país en el mundo que usa la fumigación como arma contra los cultivos ilegales.

EL COSTO DE LA LUCHA CONTRA EL NARCOTRÁFICO

Incalculables son los daños que ha dejado en Colombia el negocio del narcotráfico. Desde haber acostumbrado a una parte de la sociedad a vivir con la convicción de que la criminalidad paga, hasta los estragos ambientales, económicos y de seguridad, cada fisura generada por los primeros carteles terminó en un hoyo gigantesco en los presupuestos de las entidades del Estado, que se vieron obligadas a dejar de invertir en infraestructura, salud o educación, para destinar buena parte de los recursos a la lucha contra la cadena del narcotráfico.

Desde la creación del Plan Colombia en 1999 hasta finales de 2013 se han invertido más de 10 mil millones de dólares (20 billones de pesos) de ayuda extranjera e impuestos de los colombianos en esta guerra. Eso es lo calculable monetariamente, pero lo incalculable, como las víctimas, la afectación psicológica de un país entero, la corrupción y la pérdida de valores en todos los estratos de la sociedad no tienen medición cuantificable.

Esto sin contar la inversión humana de la Fuerza Pública, en donde la Policía ha puesto una cuota de sacrificio muy alta. En cifras, se puede decir que entre 1980 y 2013, murieron más de 5.200 policías en medio de los operativos contra el narcotráfico. Los que lograron sobrevivir, pero terminaron mutilados y con lesiones permanentes, pasan de los 7 mil sin contar a los integrantes de las Fuerzas Militares. Lamentablemente, para la historia de Colombia, ellos han quedado como eso: números.

Según el Observatorio de Drogas de Colombia, entidad que pertenece al Ministerio de Justicia, en 2012, cuando se registraron 48 mil hectáreas sembradas con coca, las incautaciones de cocaína sumaron más de 188 toneladas, un veintiún por ciento más de lo que se les quitó a las mafias en 2011, año en que cayeron más de 155 toneladas y en que la siembra de cultivos ilícitos llegó a 64 mil hectáreas.

En esta área, la cooperación internacional ha sido fundamental para continuar la lucha. Según la Policía Antinarcoóticos, de las incautaciones realizadas en 2011, quince toneladas y media estuvieron relacionadas con operativos en los que hubo cooperación de países vecinos. En 2012, por ejemplo, la ayuda internacional permitió incautar casi 35 toneladas de cocaína.

La droga de los ricos la producen los más pobres

Un cultivador de coca en Colombia no dimensiona que el mismo gramo de base que él vende en 2 mil pesos en su finca, una vez convertido en cocaína (que luego es rebajada a la mitad de su pureza) en las calles de Estados Unidos llega a valer 620 mil pesos. Una dosis de tres gramos, la cual puede consumir un drogadicto en una fiesta, representa casi 2 millones de pesos, la misma plata que un campesino que cultiva una hectárea recibe por un kilo de base cada mes y medio, que es el promedio en que se dan las cosechas de hoja de coca.

Según el reporte de Naciones Unidas, en 2011, el potencial de producción de cocaína en Colombia era de 345 toneladas. De esta cantidad, alrededor del sesenta por ciento fueron exportadas a Estados Unidos, y a Europa, el cuarenta por ciento restante. Algunos economistas que estudian el tema, como el profesor de la Universidad de los Andes, Daniel Mejía, indican que es difícil hablar de valores absolutos en cuanto a producción, pues dada su dinámica ilegal no es muy fácil determinar las cantidades. En la actualidad, la comercialización de cocaína en el mundo se maneja en un rango de entre seiscientos o setecientas toneladas de coca al año y, de estas, Colombia produce entre trescientas y 350 toneladas, asegura Mejía.

Sin embargo, esta cantidad no representa un ingreso serio para los cultivadores, quienes, incluso, han empezado a depender cada vez menos del cultivo de coca. Según la Oficina de las Naciones Unidas Contra la Droga y el Delito (UNODC) mientras en 2005 el sesenta por

ciento de los cultivadores transformaban, ellos mismos, la hoja en pasta y base, en 2012 solo el treinta por ciento lo sigue haciendo, lo cual representa una disminución importante en los ingresos.

Se calcula que la cantidad de cocaína que se vende en los mercados de Estados Unidos alcanza un costo de 34 mil millones de dólares, pero de eso a los campesinos solo les llega un uno por ciento.

Por cada hectárea sembrada con coca se puede producir un kilo de base, y esa cantidad, que el campesino vende en 2 millones de pesos, en la frontera con Venezuela o en las costas del Pacífico o el Atlántico, cuesta 5 millones. Al llegar a Estados Unidos, la pagan en 52 millones de pesos, y en 100 millones de pesos en Europa.

En promedio, entre el 65 y el setenta por ciento de la cocaína que se consume en el mundo es producida en Colombia. Un informe realizado por la Organización de Estados Americanos (OEA) titulado «El problema de las drogas en las Américas» retrata esa realidad.

Con ayuda de diversas fuentes, entre las que destacan la UNODC y el Análisis Nacional de la Amenaza de Drogas del Departamento de Estado de los Estados Unidos, la OEA trazó el camino de la droga con su ganancia a cada paso y demostró que el campesino es quien menos gana:

Para producir un kilo de pasta base de hidrocloreuro de cocaína se requiere entre 450 y seiscientos kilos de hoja de coca. Como un campesino colombiano recibe en promedio 1,3 dólares por kilo de hoja de coca, puede estimarse que el kilo de pasta base en la selva colombiana tiene un costo de entre 585 y 780 dólares.

En la misma selva colombiana el kilo se vende en alrededor de 2.700 dólares; en los puertos del país el precio se eleva ya a entre 5.500 y 7 mil dólares. En Centroamérica el mismo kilo alcanza un valor que ronda los 10 mil dólares.

En la frontera norte de México el precio puede haber subido a 15 mil dólares, y en los Estados Unidos, pasada la frontera, el kilo es vendido al mayoreo y alcanza un precio de 27 mil dólares o más.

Durante su trayectoria, el kilo de pasta base original por lo general sufre adulteraciones químicas que normalmente permiten una duplicación de su volumen físico y, por ende, un kilo original se transforma en dos kilos.

El gramo de cocaína refinada alcanzó en 2010 un precio de 165 dólares en Estados Unidos. Por lo tanto, el kilo original, con un costo promedio de 650 dólares (entre 585 y 780), se transforma en dos kilos con un valor total de venta al detalle de 330.000 dólares. Esto es, el valor del producto se incrementó alrededor de quinientas veces a lo largo de su cadena de valor.

Colombia ya no es el primer productor de coca

Desde el 24 de septiembre de 2013, cuando la entidad peruana Comisión de Desarrollo y Vida sin Drogas (Devida) y la UNODC presentaron el Monitoreo de Cultivos de Coca 2012, en Perú, se confirmó que Colombia ya no era el principal productor de cultivos ilícitos de la región Andina. Con las 60.400 hectáreas registradas en el monitoreo en Perú en 2012, ese país superó las 48 mil hectáreas sembradas con coca que la misma UNODC reveló que había en Colombia.

Desde 1999, cuando el Gobierno de Andrés Pastrana puso en marcha el Plan Colombia, la cantidad de cultivos ilícitos fueron bajando paulatinamente. Por el contrario, Perú y Bolivia, los otros fuertes productores, han estado aumentando la superficie de hectáreas sembradas.

El descenso de la producción vino acompañada de la ayuda extranjera con la cual la Policía Nacional ha asperjado (fumigado) casi 1.300.000 hectáreas sembradas con coca durante la última década.

Sin embargo, el golpe más fuerte a los cultivos ilícitos los han dado los erradicadores manuales, quienes desde 2006 han arrancado 417.249 hectáreas. Aunque es una tercera parte de lo que han fumigado las avionetas en el mismo lapso, la gran diferencia es que la aspersión solo afecta la hoja, que en mes y medio vuelve a crecer, mientras la erradicación manual destruye el cultivo.

El año en que se erradicaron más hectáreas fue 2008. En este periodo fueron eliminadas 95.731 hectáreas. Ese también fue el año récord en incautación de cocaína con 119 toneladas: un 250 por ciento más de lo que se logró en 1995, cuando cayeron 34.

Con el paso de los años, la cantidad fue disminuyendo, pero también la resiembra. En 2009 se erradicaron poco más de 60 mil hectáreas; en 2010, casi 44 mil; en 2011, 35 mil; y en 2012, 30 mil. Entre enero y julio de 2013 se habían erradicado 8.297 hectáreas, la mitad de lo que fue erradicado en esos mismos meses el año anterior.

Si bien la producción ha bajado, lo que se ha mantenido son las incautaciones. En 2009 y 2010, la droga incautada estuvo por encima de las 200 mil toneladas cada año y en 2010 y 2011 bajaron a 155 mil cada año. En 2012 volvió a subir, y fueron retenidas 187 mil toneladas. Entre enero y julio de 2013 la cifra de incautaciones iba en casi 129 mil toneladas.

El costo de la Justicia

Más allá de las hectáreas, las matas y los gramos que llegan a las calles de Estados Unidos o Europa, hay un drama detrás de cada cargamento por pequeño o grande que sea. A octubre de 2013, en las cárceles colombianas había 36.623 personas detenidas por narcotráfico. De estas, 663 eran extranjeras y en el transcurso del año 74 regresaron a sus países tras pagar condenas de hasta ocho años de prisión.

¿Cuánto le cuesta al Estado la manutención de cada una de estas personas? El INPEC invierte diariamente 33.115 pesos en cada hombre y mujer reclusos en las cárceles. Al año son 12.086.975 pesos.

El número de capturados por narcotráfico en los últimos dieciocho años ha sido de 831.832 personas. De estos, la mayoría ha quedado en libertad por falta de pruebas, procesos judiciales incompletos, y las decisiones de los jueces y fiscales. La cifra de colombianos extraditados también creció. Tan solo entre 2011 y 2013 fueron extraditadas 487 personas hacia los Estados Unidos; de estas, 37 eran mujeres. Solo dos regresaron al ser absueltas por falta de pruebas.

Muchos de estos sindicados y condenados están relacionados directamente con el manejo del negocio. Otros solo vieron la oportunidad de llevar dos o tres kilos de cocaína fuera del país y terminaron ocho años tras las rejas.

Otras herramientas de la justicia también arrojan cifras en cuanto a incautaciones y aplicación de la Ley de Extinción de Dominio. Entre 1995 y 2013, la Policía desarticuló más de doscientas organizaciones criminales en medio de 2 mil operaciones de alto impacto. Estas acciones llevaron a la destrucción de 15.349 laboratorios donde se procesaba cocaína de alta pureza. Los narcos perdieron 4.860 embarcaciones y 1.521 aeronaves en las que se transportaban droga y dinero producto de las transacciones.

Así mismo, de los 55.075 bienes identificados como pertenecientes a las estructuras del narcotráfico, la Policía logró ocupar 23.069. Algunos de estos inmuebles, como la Hacienda Nápoles, quedaron inmortalizados en la memoria del país como muestra de la excentricidad y opulencia de la mafia. La infamia que desde allí se orquestó nunca más puede repetirse en Colombia.